

“Comunidad, subjetividad y discapacidad”

¿Cómo la comunidad aloja a un niño recién venido a este mundo? Cuando un niño nace con una problemática orgánica, ¿de qué modo construye la red comunitaria? ¿Por qué el acto de jugar se constituye en elemento esencial de la comunidad? ¿Cuándo un niño es tomado y considerado en su discapacidad forma parte de la comunidad de los que no tienen comunidad?

La discapacidad es la comunidad de los que no tienen comunidad. Sin comunidad, no hay subjetividad posible. Cuando un niño entra en la comunidad, la discapacidad desaparece, porque siempre se lo aloja como sujeto y no como objeto o diagnóstico discapacitante. La discapacidad como comunidad, anula la subjetividad. Por lo tanto, un niño construye la red comunitaria a medida que como sujeto puede jugar. Lo común en la infancia implica el acto lúdico, cuya potencia despliega el deseo de jugar con otros y al hacerlo, pone en acto la imaginación, el pensamiento y la fantasía que escenifica, sin duda, el escenario de la comunidad a la cual pertenece.

María es una niña diagnosticada de autismo, tiene solo tres años, una mirada esquiva y un caminar discordinado que nos habla de la fragilidad, ambivalencia y la labilidad de su estructuración psíquica, postural y corporal. Lo que más me llama la atención es el rostro, parece triste, ensimismada, cerrada en sí misma, se refugia en el regazo de su madre con quien parece ensamblarse de un modo en el cual no se deja ver por otros.

Luego de varios intentos, cuando logro detenerme fugazmente en su mirada registro la tristeza de una niña pequeña que sin mediación se defiende del otro. ¿Por qué necesita defenderse de los demás? ¿Qué historia estará en juego, encarnada en la fragilidad postural y corporal de María? La labilidad postural denota la sensación de incertidumbre frente a un mundo que se le presenta por primera vez como persecutorio o por lo menos alarmante.

Subimos al consultorio, sin soltarse de su madre, prendida a ella, de la mano o del cuerpo, después de un tiempo logra desprenderse de ella, en la sala se mueve zigzagueante, camina, gira, moviéndose lateralmente saltica, salta, mira a su mamá y exclama: “Mamá, mamá”. Al mismo tiempo, mira unas pelotas, se dirige a ellas, las toma y arroja sin dirección, vuelve a tomarlas y a arrojarlas. En ese instante, procuro devolverlas, armar alguna escena pero inmediatamente toma otras y las tira en varias direcciones, una de ellas se dirige a la mamá. Al hacerlo, salta en un pie, con los dos repiquetea y tambaleante va por otras pelotas, de diferente tamaño y color. En un momento, miro el consultorio y están todas las pelotas revueltas por todo el espacio.

Ante esta situación decido intervenir, tomo un títere, un lorito, transformo mi voz en él, desdoblándome como loro afirmo: “Me llamo Pepe y quiero jugar con vos”...A continuación-como Pepe-le arrojé unas pelotas...María parece no registrarlo, se mueve y va en busca de otras pelotas que se pierden en el movimiento sensoriomotor correspondiente, es una acción que por su intención no deviene gestualidad. Pepe vuela detrás de cada una de las pelotas, se las devuelve pero ella no responde, continúa ensimismada en el goce sensoriomotor, se aísla y queda sola con esa sensación indiferente a los otros. Frente a ello, procuramos armar una nueva experiencia escénica.

En un instante, como Pepe cambio el tono de voz y de manera enigmática, paradójica, se pone a llorar porque María continúa tirando pelotas para un lado, para otro, arriba, abajo, dispersándose en ellas. Pepe llora y protesta, porque quiere jugar con ella. Como Esteban, intento consolarlo, pues él llora desconsoladamente, con tristeza y deseo de jugar.

La mamá también está mirando la escena y aprovecho su presencia para preguntarle como podíamos hacer para que el títere Pepe pueda jugar con María. Las pelotas siguen yendo para un lado y para el otro, pero en un momento, antes de agarrar nuevamente una pelota, logro colocar el títere (que no deja de llorar y lamentarse) en la remera de María. Ella registra el toque del títere, lo mira, lo agarra, lo sostiene en su mano y en ese lapso comienza a sonreír mirándome francamente, sin parar de hacerlo, tira con fuerza al títere Pepe...él responde, lamentándose y vuelve a llorar desconsoladamente, María sonríe ante el gesto que acaba de descubrir, se emociona y en ese instante, el títere vuelve a esconderse entre la ropa de María. Surge espontáneamente la carcajada como don afectivo.

María ha creado un gesto, al dejarse desbordar por la escena junto al títere, sonríe y el rostro se metamorfosea y se transforma en mirada alegre, deja la posición de tristeza y tensión. Anticipa lo que va a realizar Pepe y también le demanda que vuelva hacia ella para recomenzar la escena. Cuando lo está por arrojar, se ríe, es una sonrisa franca, dirigida a mi mirada y a la de la madre. Pepe grita: “No me tires, ayyy, no me tires”, pero sin parar de reírse a carcajadas, lo vuelve a arrojar y a demandar que vuelva a su cuerpo.

La escena se repite varias veces, en esos instantes, sin darse cuenta, María es otra, engendra una experiencia diferente, que a su vez difiere de la anterior. El sufrimiento que encarnaba en la profunda soledad del rostro sin gesto, desaparece, se disipa y surge la expresión de la sonrisa para los otros que, incorporados a la escena, transformamos el escenario en una narración, en una historia, en un cuento ficcional, pero a la vez, verdadero en tanto gestual y corporal.

El hecho de arrojar las pelotas en un primer momento, no logra constituirse ni devenir gestualidad. En este sentido, no hay lugar para el sin sentido, la narración y el compartir con otros el arrojar como echo ficcional. María lanza pelotas pero no se reconoce en esa acción sensorio-motora, no puede constituir allí un espejo para reflejarse y diferenciarse. Reproduce la misma identidad enajenante, mimética, una y otra vez, indudablemente no puede construir un gesto ni compartir el movimiento de arrojar, porque al hacerlo produce un goce postural-tónico que lejos de abrirse al otro queda el cuerpo sensoriomotor, en la soledad desolada e indiferenciada.

En movimiento sensoriomotor de arrojar pelotas, no se produce el encuentro con el otro, el “entredós” no puede realizarse, el placer no logra constituirse en una huella que María demande producir. Justamente, a través del títere Pepe, que sufre y persiste tras ella y procura recuperar las pelotas y devolvérselas al llorar y protestar aireadamente, detiene el estrépito sensoriomotor para generar un espacio-tiempo de espera hacia la respuesta del otro, ósea la creación y constitución de una demanda que puede detener el goce tónico-postural-motriz para dar lugar a la sonrisa cómplice, la mirada del entredós y la intimidad secreta que implica la experiencia con otro que demanda y desea como ella.

María, la mamá, Esteban y el títere pepe, comparten y constituyen la plasticidad simbólica de la escena. La experiencia gozosa de arrojar la pelota disuelve al sujeto y la posibilidad de apropiarse y reflejarse en un objeto. En esa experiencia de goce no hay representación posible ni gestualidad convocante. El dolor del sufrimiento está plasmado en el rostro triste, solitario e indiferente de María, que parece bastarse a sí misma, sin necesidad de ninguna otra cosa.

El rostro petrificado en la angustia, la inestabilidad y el sufrimiento es opuesto al otro rostro, cuando la pequeña María con alegría en el placer del encuentro del escenario compartido, sin miramientos anticipa al títere Pepe y sonríe, se ríe a carcajadas hasta arrojar al lorito Pepe que se la ingenia secretamente para volver a estar con ella. María responde, mantiene la sonrisa y espera en un cierto destiempo, la respuesta de Pepe. En ese preciso instante, María se fuga del cuerpo y es otra, demanda volver a jugar la escena. El placer se produce en el espacio de entredós al mismo tiempo que se pierde en el afán de un nuevo encuentro posible.

Al dejarnos desbordar por la escena, se crea la emoción del gesto devenido sonrisa, apertura y plasticidad. Crear a través del “entredós” trasferencial la gestualidad afectiva no deja de conmovernos y se abre a la posibilidad de nuevas experiencias infantiles.

Toda esta escena nos recuerda el desborde materno, cuando una madre se deja desbordar por su hijo, por ejemplo, por el llanto de su bebé y lo traduce como una demanda de amor a ella. A través de lo cual responde, deseándole y hablándole con la ternura y la curiosidad de la voz se transforma en acto, tal como lo explica Pascal Quignard en “Las paradisiacas”, Último Reino IV:

“Voces, ustedes son las madres.
Ustedes resuenan en los cuerpos
antes de la cuna.
Voces que acunan y modelan los miembros
los sentidos
antes de que surjan a la luz
ustedes los transportan antes.
Siempre-después de los años que tardamos en adquirirlas-
ustedes conservan algo de lo perdido
algo perdido que solo fue escuchado
perdido anoche.”

Para un niño en particular, devenir sujeto singular implica tener algo en común con otros. Para un pequeño: ¿A que remite esta singularidad?. Sin duda, respondemos a la posibilidad de jugar. Si por algún motivo no puede jugar, no será posible constituir lo común de toda experiencia infantil, que es el hecho primordial de jugar y al hacerlo, abrirse al afuera jugando con otros, que como él, necesitan de lo demás para construir su universo. Sin esta comunidad (del campo lúdico) no hay subjetividad, ni pertenencia ni identidad social. No hay una comunidad discapacitada, ni etiquetada como síndrome, deficiencia o déficit, lo central de ella, es alojar a un sujeto y ello no depende del cuerpo ni del organismo, ni de la problemática en cuestión, sino de la decisión y el deseo de alojarlo como otro, que como tal, también es parte de uno.

Es el acto de jugar el que constituye el acto infantil de cada infancia y da paso a la plasticidad tanto neuronal como simbólica. María comienza a gestuar, a dar a ver un movimiento, riéndose para otro que arma la escena y el escenario al dar un espacio para que ella aparezca produciendo la potencia del placer del deseo que inaugura la novedad del nuevo acontecimiento.

Con la gestualidad que acabamos de describir, María pone en juego el cuerpo y el aparato postural y motriz en función de un hacer, cuyo funcionamiento en la repetición escénica se transforma en un saber. Un hacer-saber gestual dado a leer a otro que lo considera como tal. De este modo, el cuerpo de María es receptáculo de la demanda y el deseo. Lo que marca el inicio de la capacidad de aceptar la huella y retener el trazo para producir la inscripción de la experiencia relacional de un sujeto.

Recordemos, que la comunidad no es un ente, ni tan solo otro, sino una red, nunca es del orden de lo material o la sustancia, sino, es aquella red donde se sostiene y se despliega la fuerza del deseo. La primer comunidad de un niño es aquella a la que pertenece cuando juega con otros. Allí, afianza y afirma la imagen del cuerpo, donde se re-conoce y confirma su pertenencia. Al jugar, crea la red, al mismo tiempo que es creada por ella, donde finalmente logrará historizarse.

Esteban Levin
estebanlevin@lainfancia.net
www.facebook.com/LaInfancia
www.lainfancia.net